

Algunos fragmentos de *El abismo democrático*

Moriremos sin que, ni en las piedras de los monumentos, ni en las hazañas de los héroes, ni en las tradiciones de nuestros pueblos perdure ningún signo del paso de **unos extraños seres que, no dejando siquiera hijos detrás de sí y tomándose por la única luz, consideran su sola y tornadiza voluntad por la exclusiva ley.**

El hombre blando y democrático ya no sabe siquiera lo que significa una palabra como “los nuestros”. Este hombre no tiene ni destino ni pueblo, ni arraigo ni patria, “esa palabra horrible, como *termómetro o ascensor*”, decía Neruda.

Bobo en el sentido español, pero también en la acepción francesa del término, donde dicha palabra (pronúnciese *bobó*) es el acrónimo de *bourgeois bohémien*: «burgués bohemio», oxímoron que designa a quienes reciben en nuestra lengua el castizo nombre de **pijoprogres**; designación un tanto incorrecta, pues abarca tanto a los realmente pijos como a quienes se conoce con el no menos castizo nombre de **perroflautas**. Ya sean perroflautas o perros pijos (progres todos, en cualquier caso), son ellos quienes constituyen la gran base social que configura tanto a nuestra democrática sociedad como al poder que la rige y domina.

Nada distingue a los hombres bastos y mansos de la democracia..., salvo **una sola jerarquía: la del dinero. La cual, ivaya sí diferencia y discrimina!...** Lo hace con una insidia y una eficacia de las que carecían las antiguas jerarquías de cuna, cultura y poder. Contrariamente a ellas, el imperio del dinero discrimina tan taimadamente que casi no deja rastro. Su hipocresía lo lleva a discriminar—nunca se había inventado algo tan retorcidamente sutil— **en nombre... de la igualdad y la libertad.**

Ante un cuadro, un poema, una sinfonía, o ante un monte, un valle, un acantilado, uno puede sentir todo el embriagado estremecimiento de existir, pero lo que no puede uno es celebrarlo, conmemorarlo. **Conmemorar o celebrar el grandioso, el inaudito hecho de nacer, morir y entre tanto existir**, es algo que sólo se puede hacer pública, colectivamente, junto con los otros y ante lo Otro, ante lo que, sagradamente divino, sólo en el Templo se abre.

¡Liquidad, por Dios, la infamia de las guitarritas ñoñas y blandengues! ¡Haced que de nuevo retumben, gloriosos, los órganos! ¡Acabad, por Dios, con la blasfemia de las iglesias feas como depósitos industriales! Y lo que es peor, no feas por error: feas por designio, feas por diseño.

Si “un dios puede salvarnos”, sólo puede hacerlo uno que no sea un Dios absoluto y omnipotente, real y físicamente presente. [...] O lo que viene a ser lo mismo: sólo puede salvarnos **un dios que habite los cielos, sí, pero metafóricamente entendidos y reconocidos como tales**; un dios que no sea más que un símbolo, una imagen.

¿Un dios que no sea *más que* un símbolo, una imagen? **¡Como si ser símbolo, metáfora, imagen no fuera nada!** Como si fuera cosa de poca monta. Como si lo simbólico o imaginario fuera una especie de mengua frente a la contundencia de lo materialmente real.

Tal es la cuestión: infundir a la vida en democracia —esa cosa tan prosaica— **un aliento alto, bello, egregio: sagrado**; y lo que ello implica: todo **un pálpito sustancial**. He ahí la cuestión —la gran cuestión de nuestro tiempo, que diría aquél.

Resulta muy fácil, demasiado fácil, considerar que el gran culpable de todo es el dinero, el mercado, la riqueza..., cualesquiera que sean sus formas o modalidades. Y no, no son ellos los culpables, los que, como tales, nos

ahogan, nos privan de gloria, belleza, grandeza. Es su mayúscula. Es **el hecho de que el Dinero y el Mercado, su codicia y su lucro se han convertido, en el pilar central del mundo**, en la clave de bóveda que todo lo sostiene y todo lo somete.

¿Puede no ser así? ¿Cabe imaginar otro tipo de democracia? ¿Ésa, acaso, que algunos empiezan a llamar *iliberal*?

¿No existen verdades sustanciales? Claro que las hay. Éstas, por ejemplo: Sí, no cabe la menor duda: **la belleza es infinitamente superior a la fealdad**. Sí, es incuestionable: lo bello debe derrotar a lo feo, destronar a lo vulgar.

Sí, la excelencia —«la aristocracia del espíritu», decía Dominique Venner— debe imperar, la fortaleza imponerse a la debilidad, la grandeza a la mediocridad. Sí, los hombres nacen hoy iguales en derechos, pero son y serán siempre desiguales en cualidades y capacidades. **Gravemente injusto es tratar a los desiguales como iguales.**

Sí es grande, sí es gloriosa la historia de nuestra civilización. Orgullosos debemos estar de nuestro linaje. Es nuestro deber mantener alta su enseña, engrandecerla aún más [...].

Sí, **sólo en comunidad vivimos los hombres**. Nada seríamos sin ella: ni siquiera seríamos capaces de hablar.

Sí, **la Naturaleza** es nuestra madre cuya misteriosa luz **debemos respetar, admirar, honrar**. Sí, la Naturaleza es ese fondo sagrado sobre el que todo se ofrece... y nunca se deja capturar. [...]

Sí, **la diferencia entre hombres y mujeres** es una verdad tan cierta y manifiesta como la diferencia entre el día y la noche. [...]

Sí, **el dinero y el mercado, la avidez y el trabajo** son cosa tan legítima como necesaria. Pero **no son cosa esencial**. Sí es esencial que ese instrumento de tortura denominado *trabajo*¹ deje de ser, junto con lo que lo

¹ *Trepalium*: así se denominaba en Roma el instrumento de tortura que ha dado origen al término *trabajo*.

envuelve —la economía, el dinero, la sed de ganancias...— piedra angular del mundo, quintaesencia de nuestro destino.

Sí es necesario que nuestro destino recupere **aliento sagrado**, sí es preciso que, estremeciéndonos ante lo inefable, envolviéndonos de ritos, cultos y mitos, expresemos ante lo divino el oscuro y resplandeciente misterio del vivir encaminado a morir.

Sí es la vida —lanzada, vertiginosa, audaz— el criterio último que lo sostiene y debe sostenerlo todo. Engrandecerla, intensificarla: tal es el mandamiento supremo. El de los hombres libres, el de los mortales que saben que sólo **viviendo ávidamente una vida que integre la muerte** lograrán imponerse, victoriosos, a ésta.

«Un notable ensayo que nos emplaza ante los retos más decisivos de nuestro tiempo.» (José Vicente Pascual)

«Una obra de pensamiento fuerte, una guía de perplejos que condensa los males de nuestro tiempo.»
(José Manjón)

**A la venta en todas las librerías.
O aquí, con un descuento del 5%:**

En papel: 17,00 €

E-book: 4,99 €